

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore
Editores

BIBLIOTECAS Y CULTURA LETRADA EN AMÉRICA LATINA

Siglos XIX y XX



Capítulo 9



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ

Centro Bibliográfico Nacional

027.08 B Bibliotecas y cultura letrada en América Latina : siglos XIX y XX / Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores.-- 1a ed.-- Lima : Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018 (Lima : Tarea Asociación Gráfica Educativa).

364 p. : il., facsím. ; 24 cm.

Ensayos del coloquio "Bibliotecas de las Américas: poder, capital cultural y circulación de conocimientos, 1800-2000", realizado en la Universidad Torcuato di Tella (Buenos Aires, Argentina) el 19 y 20 de agosto de 2014.

Incluye bibliografías.

Contenido: Bibliotecas y formación del Estado-Nación -- Bibliotecas y cultura letrada -- Bibliotecas, museos y prácticas científicas y culturales -- Bibliotecas, movilización política y proyectos revolucionarios.

D.L. 2018-07060

ISBN 978-612-317-364-7

1. Bibliotecas - América Latina - Historia - Siglos XIX-XX 2. Bibliotecas públicas - América Latina - Siglos XIX-XX 3. Bibliotecas privadas - América Latina - Siglos XIX-XX 4. Bibliotecas y sociedad - América Latina 5. América Latina - Vida intelectual - Siglos XIX-XX I. Aguirre, Carlos, 1958-, editor II. Salvatore, Ricardo D, editor III. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2018-127

Bibliotecas y cultura letrada en América Latina

Siglos XIX y XX

Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores

© Carlos Aguirre y Ricardo D. Salvatore, editores, 2018

De esta edición:

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2018

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Fotografía de carátula: Interior of the Real Gabinete Português de Leitura in Rio de Janeiro, Brazil. <https://www.flickr.com/photos/uwephilly/3301983/>

Primera edición: junio de 2018

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-07060

ISBN: 978-612-317-364-7

Registro del Proyecto Editorial: 31501361800481

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

CIENCIAS DEL ARCHIVO, LENGUAS INDÍGENAS ARGENTINAS Y TECNOLOGÍA DEL PAPEL: LAS BIBLIOTECAS PERSONALES COMO ESPACIO DE PRODUCCIÓN ERUDITA EN LA ANTROPOLOGÍA ARGENTINA, 1860-1910

Máximo Farro

INTRODUCCIÓN

En el transcurso de la última década, las bibliotecas —en tanto repositorios de colecciones de libros y manuscritos— han sido consideradas, junto con los museos y los archivos, como una parte fundamental de la infraestructura epistémica que subentendió la economía del conocimiento y que tuvo su momento de auge y expansión en Occidente durante el siglo XIX (Hedstrom & King, 2006, pp. 113-134). Sin embargo, a diferencia de los museos, los laboratorios y los observatorios, en el campo de la historia de la ciencia las bibliotecas no han recibido la misma atención sino hasta hace muy pocos años, cuando los estudios de la historia del libro y la lectura y, en especial, los trabajos desarrollados en el campo de las ciencias de la información pusieron de manifiesto las relaciones subyacentes entre estos distintos espacios, entendidos en su dimensión material como una infraestructura de almacenamiento, procesamiento, producción y circulación del conocimiento (Latour, 1996; Clark, 2000; Blair, 2010; Paulus, 2011). Este enfoque, animado por el desarrollo actual del estudio de los sistemas de información (Blair & Schiller, 2014), la infraestructura de internet y las llamadas humanidades digitales, ha comenzado a poner en evidencia los rasgos comunes entre estos espacios del saber (Jacob, 2014)¹ que antes, siguiendo divisiones disciplinares (la bibliotecología, la archivística y la historia), eran concebidos de manera separada (Lidman, 2012). Este enfoque también ha comenzado a disolver en la práctica la imagen, consolidada desde mediados del siglo XIX, que colocaba una división estricta en el mundo de la ciencia: por un lado, las «ciencias de la memoria», de sensibilidad profundamente

¹ Véase el sitio *Lieux du savoir. Histoire comparée et anthropologie des pratiques savantes*: <http://lieuxdesavoir.hypotheses.org>.

histórica, que se llevaban a cabo en las bibliotecas y archivos —las humanidades—; por otro, las ciencias de las leyes naturales, de perspectiva atemporal, desempeñadas en los laboratorios y observatorios (Daston, 2012). Es a partir del estudio de los procesos de formación y uso de los repositorios, las colecciones, el registro de observaciones y las formas de organización y manejo de la información y la elaboración de los datos, que distintas disciplinas como la geología, la paleontología, la arqueología, la astronomía, la lingüística y la antropología han comenzado a entenderse como tradicionalmente se consideró a la historia: esto es, como ciencias del archivo (Daston, 2017, pp. 1-14, 329-332). Así, el estudio de las prácticas de recolección, clasificación, preservación y difusión de la información y de los datos a partir de la cultura material —es decir, de las herramientas y tecnologías que brindan sus condiciones de posibilidad— permite establecer conexiones entre formas de trabajo que trascienden las divisiones disciplinares tradicionales².

En este contexto, sostenemos que las bibliotecas personales de los estudiosos pueden ser analizadas no como un conjunto estático de libros depositados en estantes que reflejan los intereses intelectuales y coleccionistas de sus propietarios, sino como espacios de producción erudita en sí mismos; esto es, entendidas en sentido amplio, con énfasis en la dinámica de las prácticas asociadas: como un espacio más cercano al archivo de trabajo y al estudio o gabinete. Allí, el objeto-libro convivía e interactuaba no solo con colecciones de otros objetos —mapas, vasijas, monetarios y documentos históricos—, sino también con un corpus formado por libretas de notas, cuadernos, listas, documentos, transcripciones, correspondencia, borradores y otros papeles resultantes de la actividad intelectual (Daston, 2004; Heesen, 2005; Grafton, 2006; Waquet, 2015). A fines del siglo XIX, recordemos, esta idea dinámica de las bibliotecas como talleres científicos y literarios basados en el modelo de los laboratorios había sido señalada por uno de sus más conspicuos organizadores y promotores, Melvil Dewey, como una de las funciones primordiales que aquellas debían cumplir, por sobre la función de recreación o solaz de los lectores o la de un mero repositorio para aquellas obras que merecían legarse a la posteridad³.

² Véase la sección dedicada a «The History of the Humanities and The History of Science» (2005) en la revista *Isis*, 106(2), 337-390.

³ «Then comes the laboratory idea, the notion of the library as a workshop, a conception that is more modern as regards books, though in fact it is simply the older laboratory idea of science. If a man wishes to become a working chemist or physicist he does not try to do it simply hearing lectures about his subject [...]. And so the conception has come that for the mastery of any subject, there must be what I will call laboratory work. If we glance rapidly over the whole field of human interest we find that the library is the main laboratory for the great mass of subjects: philosophy, ethics, logic, theology and comparative religion, statistics, political science, economics, commerce, law, education, all languages and literatures, all history—for all these subjects and many more the library is the laboratory, the literary and scientific workshop» (Dewey, 1889, p. 368).

En el campo de la historia de la ciencia se ha puesto en evidencia, entonces, el valor de las bibliotecas como espacios tan importantes como el laboratorio, el observatorio astronómico y el campo o terreno, pues fueron concebidas como un ámbito o espacio de indagación en el que se desarrollaban no solo la interpretación textual y la escritura, sino también prácticas de observación, organización de la información y producción de datos (Daston & Lünbeck, 2011). De ese modo, comenzó a conectarse el mundo de la historia del libro como objeto estable y acabado —con su tradicional interés por las estrategias del coleccionismo, el mercado internacional, las casas proveedoras, los modelos de organización y los procesos de selección temática de los propietarios— con la dinámica propia de las prácticas eruditas. Estas últimas se materializaron en las marcas que evidencian la lectura, en forma de subrayados, marginalia (Jackson, 2005), fichas, borradores y todo un conjunto de información menos estable, en forma manuscrita. En ocasiones, esa información se usaba para intervenir el objeto-libro, adhiriéndola en el interior de sus cubiertas, inscribiéndola directamente sobre la portadilla, la contraportada o las páginas de cortesía, o era almacenada en archivos y ficheros personales creados al efecto, y luego circulada por redes de correspondencia entre los estudiosos. En este contexto, el libro entendido de manera tradicional como objeto físico acumulado en estantes se transforma en un artefacto que interactúa con, y es intervenido por, otras manifestaciones materiales del texto: no es infrecuente hallar en las bibliotecas libros impresos encuadernados o intervenidos con manuscritos, o manuscritos que contienen componentes impresos insertos (McKitternick, 2013).

Son estos aspectos, ligados al orden material del trabajo erudito (Waquet, 2015), los que nos interesa señalar en estas notas preliminares de una investigación en curso que estudia la cultura material de las ciencias antropológicas —manuscritos, libretas, fichas, fotografías, libros y objetos— entre el último tercio del siglo XIX y comienzos del XX en la Argentina. Para ello, se parte del análisis de las contingencias que regulan el proceso de formación y uso de colecciones, considerando la trayectoria seguida por estas a lo largo del tiempo y prestando especial atención al conjunto de prácticas y redes de relaciones en las que, en tanto series de objetos concretos, las mismas se encuentran inmersas (Farro, 2009, 2011, 2012). En las páginas que siguen nos centraremos en algunos de estos aspectos estudiados de manera comparada en dos bibliotecas particulares de la Argentina, que funcionaban en el ámbito doméstico, referidas en mayor medida a la antropología, la arqueología y la etnografía lingüística: la biblioteca de lenguas americanas del general Bartolomé Mitre (1820-1906) y la del filólogo y arqueólogo Samuel Alexander Lafone Quevedo (1835-1920).

El primero es una figura conocida y muy transitada en los trabajos historiográficos; el segundo era un empresario minero nacido en Montevideo, residente en la

provincia de Catamarca, en el noroeste de la Argentina, y miembro de influyentes familias de comerciantes británicos (Lafone-Ellison) y peninsulares (Alsina-Quevedo) radicadas en el Río de la Plata desde fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Enviado por su familia a Inglaterra, entre 1848 y 1857, Samuel estudió en Liverpool y en el Saint John's College de la Universidad de Cambridge, donde, especializándose en filología, obtuvo el título de bachiller en humanidades —*Magister Artium*—. En sus años de estudiante allí, se formó en estudios clásicos; así, realizó traducciones de prosa y verso del griego y del latín al inglés, de las obras de Platón, Aristóteles y Cicerón, entre otros, y realizó trabajos referidos a la historia antigua y a la filología clásica. De regreso al Río de la Plata en 1860, se hizo cargo de los negocios familiares ligados a la explotación del cobre, plata y oro en el departamento de Andalgalá, en el oeste catamarqueño. En los ratos de ocio que le dejaba la administración de los negocios, Samuel se dedicaba a la lectura de obras referidas a la historia americana y, a la manera de los anticuarios que había conocido durante sus años de formación en Inglaterra, recolectaba piezas de arqueología, visitaba *antiguallas* (ruinas), compulsaba información en los archivos provinciales y recorría los valles registrando testimonios y vocabularios de los habitantes locales, con el objeto de estudiar los cambios históricos ocurridos en la toponimia de Catamarca y Tucumán. Luego se dedicó al estudio histórico y comparado de las lenguas indígenas de la Argentina en su relación con las principales lenguas del continente sudamericano. Si bien sus trabajos se centraron en especial en las lenguas de la región del Chaco, sus intereses comparativos y clasificatorios lo llevaron a documentar las lenguas del noroeste, de la pampa, la Patagonia y Cuyo.

En su fundo en Catamarca, había comenzado a formar una biblioteca especializada que llegaría a pasar los 5000 volúmenes, con obras adquiridas en las principales librerías de Inglaterra, como las firmas de Henry Young & Sons y, sobre todo, Bernard Quaritch, de la que se convirtió, con el correr del tiempo, en uno de sus principales clientes en la Argentina, al adquirir de sus catálogos numerosas obras de cronistas, viajeros, filología, arqueología clásica y de Egipto, etnografía y lenguas americanas. También estaba suscrito a las principales publicaciones periódicas de arqueología, antropología y etnografía de Europa y los Estados Unidos, que recibía puntualmente en Catamarca. Cabe destacar que, en esos años, Lafone mantuvo un interés sostenido en los libros referidos a los métodos de la filología comparada, la etnografía lingüística y la etimología, por lo que adquirió las obras de Robert G. Latham, Friedrich Max Müller, Walter W. Skeat —con quien mantenía correspondencia—, James A. Picton y John Peile, entre otros. A esto se sumaban tratados de gramática y diccionarios en los más diversos idiomas. Otras ramas de interés, reflejadas en las series que componen su biblioteca, eran la historia eclesiástica británica, con obras ilustradas referidas a la historia general, y la

arquitectura de las iglesias, la arqueología clásica, la arqueología bíblica y la tradición de la anticuaria británica donde se destacan los estudios de topografía regional, las compilaciones de nombres de lugar, la genealogía y la heráldica (Farro, 2014a).

En la Argentina, hacia comienzos de la década de 1870, Lafone Quevedo se relacionó con los círculos de sociabilidad que gravitaban alrededor de la figura del general Mitre —un conocido de la familia desde los años de exilio en Montevideo, con quien compartía su afición por el estudio de las lenguas americanas— y con otros estudiosos como Andrés Lamas, Manuel Trelles y Francisco P. Moreno, quien años más tarde, en 1890, lo nombró encargado honorario de la sección de Arqueología y Lenguas Americanas del Museo de La Plata. Con la renuncia de Moreno a la dirección del Museo, en ocasión de su incorporación a la administración de la flamante Universidad Nacional de La Plata, en 1906, Lafone ejerció como director de la institución hasta su muerte, en el año 1920, cuando legó sus colecciones arqueológicas, parte de su biblioteca particular y sus papeles de trabajo (Farro, 2014b). Sostenemos que este último corpus puede ser comparado con la biblioteca de Mitre, entendida como espacio de indagación y de producción a partir de la adaptación de dos conceptos tomados de trabajos recientes de la historia de la ciencia: observadores de gabinete y tecnología de papel.

OBSERVADORES DE GABINETE

Los estudios sobre los grupos indígenas del territorio argentino desarrollados por Lafone Quevedo y Mitre, a los que se pueden agregar los trabajos de otros estudiosos como Juan María Gutiérrez, Andrés Lamas, Vicente Fidel López e incluso las compilaciones documentales del napolitano Pedro de Angelis, pueden enmarcarse en lo que se conoció como etnografía lingüística, una suerte de «ciencia de las naciones», de carácter inductivo y de base filológica, circunscrita no solo al campo de la naciente antropología sino antes bien al de la historia y de la geografía⁴. Esta línea global y comparativa de trabajo erudito se consolidó en el largo siglo XIX a partir de las obras del jesuita José Hervás y Panduro (1784, 1800-1805), Johann Ch. Adelung y Johann S. Vater (1806-1817) y Adriano Balbi (1826), y se continuó, con diferentes matices, en los trabajos de Wilhelm von Humboldt (1836-1840), Max Müller (1864), Daniel Brinton (1891), Lucien Adam (1896-1899) y Alexander Chamberlain (1913), entre otros. En el contexto de la naciente antropología y en esa línea de trabajo, las lenguas constituyeron uno de los hilos de Ariadna —el otro

⁴ Sobre la base filológica que subtiende el desarrollo de las humanidades, vista en el largo plazo y en su relación con el desarrollo de la antropología, la arqueología, la historia, la lingüística, los estudios literarios, la historia del arte y los estudios de religiones comparadas, véase Turner, 2014.

era el concepto de «raza»— que posibilitaban al estudioso internarse en el laberinto de los grupos indígenas del pasado y sus sucesivos desplazamientos geográficos, y le permitían discernir los consiguientes procesos de hibridación y aculturación (Blanckaert, 2009).

En el caso de la historia de las prácticas y métodos de sistematización de la información y de los datos para los trabajos de etnografía lingüística desarrollados en la Argentina en el último tercio del siglo XIX, la investigación a partir de fuentes manuscritas implica, en primer lugar y como señalamos al comienzo, el desafío de trascender la idea del libro impreso como único medio que, en tanto forma de inscripción percibida como acabada, estable, estandarizada y homogénea, brinda las condiciones necesarias para la difusión de las ideas y el conocimiento. Si bien a primera vista la reconstrucción de estas prácticas de inscripción —en muchos casos muy personales e idiosincráticas— nos conduciría en cierta forma a recuperar la idea del «autor», se trataría de un tipo distinto al autor individual, y más cercano a un autor de carácter colectivo (Stillinger, 1991). En efecto, a diferencia de la obra impresa, muchos manuscritos resultantes del proceso de investigación suelen portar las marcas, glosas, correcciones, enmiendas y observaciones producto del intercambio de los mismos entre distintos estudiosos mancomunados por un mismo interés, por lo general acompañados por una copiosa correspondencia, que muestran el complejo y sutil proceso —previo a la impresión definitiva— de circulación y cooperación del que son producto (Yale, 2011). Desde este punto de vista, los papeles de trabajo de Lafone Quevedo y Mitre portan las marcas de esos intercambios de datos, borradores e ideas, no solo entre ellos, sino con otros estudiosos como Trelles y Lamas, lo que incluso se materializa por medio de la presencia de manuscritos y transcripciones originales de uno en el corpus de los otros, y viceversa, con anotaciones cruzadas, y que en ocasiones eran almacenados entre la cubierta y la guarda de los libros. En ambos corpus se pueden apreciar también las intervenciones de distintos mediadores que, a la manera de los técnicos y asistentes en los espacios de producción de conocimiento estudiados por Steven Shapin (1989), han permanecido invisibles, como son los informantes, escribientes, transcriutores y traductores contratados al efecto por Lafone y, en menor medida, por Mitre para asistirlos en sus empresas compiladoras. Cabe destacar aquí que, incluso hasta bien entrado el siglo XX, en el caso de libros de difícil acceso los estudiosos recurrían a escribientes contratados para reproducirlos mediante la copia; esos manuscritos eran con frecuencia encuadernados como libros y formaban series que convivían en los estantes con las obras impresas sin distinciones de rigor (Love, 2013).

En segundo lugar, proponemos entender al gabinete mismo como un espacio de observación. Recordemos que, a pesar de contar en la antropología de la primera

mitad del siglo XX con practicantes de gabinete tan conspicuos e influyentes como James Frazer (1854-1941) y Marcel Mauss (1872-1950), desde la década de 1920, con la amplia difusión de la metodología desarrollada por Bronislaw Malinowski (1884-1942) —que colocaba a la técnica de observación participante y al campo no solo como rasgo de identidad fundacional de la disciplina, como *tour de force* y rito de pasaje, sino como el espacio privilegiado para la reflexión crítica—, se consolidó una imagen peyorativa y caricaturizada de aquellos estudiosos que se ceñían a la compilación y comparación de datos en la comodidad apoltronada del estudio, y se les llegó a denominar los *armchair anthropologists* (Gupta & Ferguson, 1997). De ese modo, las prácticas y métodos de trabajo de estos estudiosos, materializadas en series de manuscritos, libretas y redes de correspondencia, quedaron sepultadas bajo el peso del creciente prestigio del trabajo de campo consolidado como santo y seña de la práctica profesional; así, los trabajos de todos aquellos practicantes de gabinete pasaron a formar parte de la prehistoria disciplinar, asociada a la difusión y consolidación del evolucionismo y enmarcada dentro de lo que se ha dado en llamar etnografía epistolar (Stocking, 1995). Entre nosotros, un proceso similar puede observarse para el caso de la historia de la historiografía rioplatense a partir de la influencia del manual de Rómulo Carbia (1939), donde las prácticas de compilación documental de estudiosos como Trelles, Lamas o Lafone se enmarcan, con ciertos matices, en la construcción peyorativa de «datólogos», «coleccionistas de hechos» o «papelistas» movidos por el incesante afán coleccionista y vacuo del fervor de la exhumación de la «escuela erudita», en contraposición a los métodos rigurosos desarrollados por la historiografía científica en las primeras décadas del siglo XX, que reconoce como antecedente los trabajos de crítica interna y externa documental desarrollados por Mitre (Devoto & Pagano, 2009). Regresando al caso de la historia de la antropología, cuando la misma producción escrita de los antropólogos comenzó a ser objeto de indagación, salvo excepciones (Sanjek, 1990), el análisis de la dimensión textual de la práctica etnográfica enfatizó en el proceso de construcción de la autoridad, su relación con los mecanismos de la ficción literaria, los criterios de verdad, las relaciones de poder y el problema de la reflexividad (Clifford & Marcus, 1986).

En sintonía con trabajos recientes referidos a la historia cultural de la observación entendida en sentido amplio y en la larga duración histórica —esto es, como una práctica que abarca tanto una técnica de trabajo regida por la inspección ocular como una técnica para registrar y organizar las observaciones (Daston & Lünbeck, 2011, pp. 1-9)— y, en especial, con la definición de «observadores de gabinete» (Maas, 2011), proponemos entender los espacios de trabajo que Lafone Quevedo había montado en su lugar de residencia en Catamarca y la biblioteca-estudio del general Mitre como espacios donde se llevaban a cabo prácticas eruditas de crítica

interna y externa de manuscritos del siglo XVI; extracción de datos de fuentes bibliográficas, como las obras de viajeros; la corroboración de la información en fuentes cartográficas antiguas y modernas, que eran leídas no solo como textos sino de manera visual, para observar los desplazamientos territoriales de los grupos indígenas a lo largo del tiempo; y la compulsa de todo eso con los datos que en simultáneo enviaban los corresponsales desde el campo, describiendo la ubicación geográfica y la relación entre los distintos grupos en ese momento (Farro, 2013). En el caso de Lafone, ese espacio en el interior de la Argentina, consolidado con una frondosa biblioteca formada por las más importantes publicaciones de filología, lingüística e historia americana y por las publicaciones periódicas en antropología más significativas del momento, se constituyó en una suerte de nodo de acumulación de la información y producción de datos que articulaba, en ese punto, una densa red de corresponsales residentes en Buenos Aires, Córdoba, Salta, Jujuy, Corrientes, Chaco, Paraguay, Tarija (Bolivia), Washington, París, Berlín, Londres, Cambridge y Liverpool, entre otras ciudades. Muchos de estos colaboradores, además de enviar libros y folletos en canje, también proveían espacios de publicación, libros, transcripciones de vocabularios depositados en bibliotecas y archivos de difícil acceso —como los de las órdenes religiosas— y, en algunos casos, actuaban como compiladores de información en el campo, guiados y calibrados como si fueran instrumentos de observación por medio de instrucciones que Lafone diseñó al efecto y enviaba por correo⁵.

Esta serie de prácticas y operaciones de carácter erudito dejó como correlato un apreciable corpus de papeles de trabajo en forma de borradores, fichas de lectura, cuadernillos con vocabularios, traducciones, tablas con clasificaciones lingüísticas, carpetas con recortes de periódicos organizados por tema, correspondencia y manuscritos de otros estudiosos, un conjunto que, visto de manera global, refleja también los medios técnicos o herramientas disponibles para el trabajo cotidiano. En ese sentido, como en el caso de la fotografía antropológica que hemos tratado en otro trabajo (Farro, 2012), desde el punto de vista metodológico se trata de no asumir a priori la transparencia del medio como un mero espacio de representación —en este caso textual— que consumimos en busca de significados, y de observar de manera complementaria los indicios de prácticas que se pueden inferir del sustrato de papel entendido no como un medio neutro, sino en su dimensión tecnológica y material; esto es, en su carácter instrumental en los procesos de extracción,

⁵ Lafone Quevedo solía adjuntar croquis calcados que mostraban la ubicación de los grupos indígenas en el Chaco y el Paraguay —extraídos de obras como la del misionero jesuita José Jolís, *Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco* (1789)— a la correspondencia con instrucciones, para que el viajero pudiera comparar in situ las ubicaciones de ese momento con las que esos grupos tenían en el pasado (Farro, 2013).

compilación y comparación de la información y de los datos, y que funcionaba en conjunto con las series bibliográficas depositadas en las bibliotecas.

TECNOLOGÍA DE PAPEL

En las últimas décadas, en el campo de la historia de la ciencia, el laboratorio se constituyó en uno de los espacios de estudio e indagación privilegiados, con detalladas microhistorias acerca de las culturas experimentales y la relación entre actores, tecnologías, prácticas, instrumentos y los objetos llamados «epistémicos» (Latour, 1990; Rheinberger, 1997). En ese contexto, uno de los aspectos que ha recibido creciente atención ha sido el de la historia de las prácticas sobre el papel y los procedimientos formales de inscripción o notación —escritura, dibujo, esquemas, sistemas de toma de notas y subrayados— y los métodos y técnicas de representación asociados a ellas (Lenoir, 1998; Daston, 2004). Allí, el sustrato papel es entendido como una herramienta tecnológica en los procesos de producción de conocimiento, que actúa a manera de instrumento: como un dispositivo material que puede ser manipulado de acuerdo con objetivos específicos, sean científicos (Holmes y otros, 2003; Chemla, 2004; Hoffmann & Wittmann, 2013) o administrativos (Gitleman, 2014). Esta tecnología de papel tendría una sintaxis propia, caracterizada por formas visuales particulares, su maniobrabilidad y sus reglas de construcción y combinación que, al ser puesta en uso, puede alterar los objetivos planteados en un principio abrir nuevos problemas e interrogantes en la investigación (Klein, 2003). En otra parte hemos trabajado en detalle sobre esta suerte de dialéctica entre las herramientas y los objetivos de trabajo, a partir de los métodos desarrollados en el papel por Lafone Quevedo en su estudio o gabinete para el estudio de las lenguas indígenas de la Argentina (Farro, 2013). Recordemos aquí que, hacia comienzos de la década de 1890, este estudioso había comenzado a bosquejar un esquema de clasificación basándose en un rasgo gramatical específico que estaba asociado a una forma particular de aglutinación que para él era propia del continente americano, como son las partículas pronominales y sus formas de articulación tanto con los verbos como con los nombres. La recolección de evidencia para fundamentar este esquema clasificatorio implicó un riguroso proceso de extracción, registro y organización de los datos a partir de un corpus de manuscritos y de vocabularios impresos con el objeto de convertirlos en series útiles para el trabajo de comparación de las formas de colocación de las partículas pronominales entre las distintas lenguas y dialectos.

Fue en ese proceso recurrente de registro y experimentación con las hojas de papel, en formato maniobrable e intercambiable, por lo general con dos columnas, que Lafone pudo apreciar de manera visual la importancia de las partículas pronominales y sus mecanismos de aglutinación en las lenguas indígenas del

Chaco. Así, a partir de esa dialéctica entre las herramientas de papel y los objetivos de investigación, desarrolló todo un nuevo esquema de clasificación de las lenguas indígenas de América del Sur que surgió de la comparación entre ellas facilitada por la plasticidad que el medio técnico diseñado por él le ofrecía (Farro, 2013). Con la ayuda de un escribiente, Ramón Martínez, Lafone organizó en su estudio-biblioteca en Catamarca una colección con transcripciones de vocabularios formada por cuadernillos donde se ordenaban alfabéticamente las entradas, asentando en una columna los vocablos en idioma indígena y en una columna contigua sus equivalentes en castellano. Estos vocabularios eran extraídos de los libros de viaje y de antropología e historia sudamericana de su biblioteca, y también de una serie de libros manuscritos confeccionados por él, donde compilaba las transcripciones de documentos de la época colonial que obtenía de distintos archivos, bibliotecas públicas y particulares. Entre estos se destacan algunos «libros» con manuscritos encuadernados, con las transcripciones de obras únicas, que Lafone copió en las bibliotecas de Mitre y de Lamas en sus frecuentes viajes a Buenos Aires. Según se puede deducir de su colección de manuscritos, el método de trabajo utilizado para la organización y posterior comparación de los datos consistía en transcribir los listados de vocablos en una serie de cuadernillos de 18 por 24 centímetros, que se obtenían de recortar en forma transversal, por el medio o en tres partes, unos pliegos de papel rayado. Si bien cada cuadernillo contaba con unas doce o dieciséis carillas utilizables, para evitar las confusiones generadas por la mezcla de pliegos Lafone y Martínez escribían sobre seis u ocho de ellas, organizando alfabéticamente las entradas y asentando en una columna los vocablos en idioma indígena y en una columna contigua sus equivalentes en castellano. Cada cuadernillo llevaba inscrito en su margen superior una sigla, a veces abreviada, que refería el idioma del que se trataba, junto con un número que indicaba el orden sucesivo dentro del conjunto. Una vez finalizado el vocabulario se reunían todos los cuadernillos y se los almacenaba como un paquete cerrado, atado con hilo sisal.

Organizados de este modo, los vocabularios compilados y los manuscritos en general no solo eran fáciles de manejar, transportar y almacenar —algo fundamental para el caso de Lafone, ya que desde 1898 viajaba en tren entre tres espacios de trabajo, con sus respectivas bibliotecas, en Catamarca, Buenos Aires y La Plata—, sino que facilitaban tanto el trabajo de transcripción como el de comparación posterior entre las distintas lenguas. Estos cuadernillos conformaban una suerte de biblioteca portátil, cuyos ejemplares sintetizaban la información extraída de obras voluminosas, de varios tomos, incómodas de trasladar entre locaciones distantes. Una vez finalizados y corregidos los cuadernillos con los vocabularios, la información era transcrita y pasada a limpio para la última revisión en cuadernos por lo general cuadrículados que las librerías comerciales ofrecían para uso escolar. Por último,

todo era pasado a una serie de libros encuadernados, tamaño *in octavo*, compuestos también de hojas cuadrículadas, que adquirirían un formato fijo, listos para enviarse a la imprenta para su publicación definitiva.

Como ya hemos sugerido a modo de hipótesis, un aspecto que muy probablemente influyó en esta habilidad para la construcción y organización de los datos es la aplicación del conocimiento tácito derivado de las prácticas comerciales que constituyeron su ocupación principal hasta los primeros años del siglo XX: llevar el movimiento contable cotidiano de su empresa minera y manejar las remesas con los bancos de Buenos Aires, Montevideo, Liverpool y Londres (Farro, 2013; 2014a). Podemos apreciar así la influencia de otras prácticas culturales, de carácter mundano o comercial, en el proceso de investigación. En relación con esto, las convenciones formales de la teneduría de los libros contables utilizados en el ámbito del comercio han sido consideradas como un modelo de toma de notas y registro general de la información que influyó de manera notable en el trabajo intelectual desde la modernidad temprana (Blair, 2010). El registro de los movimientos comerciales cotidianos y su organización en estos libros con cuadros de doble entrada —*double-entry book keeping*—, en tanto sistema de escritura, tuvo un efecto amplio, de carácter epistemológico, que habría excedido el estrecho ámbito de las operaciones de transcripción y cálculo económico; se consolidó así una imagen de rigurosidad formal y precisión que se habría extendido finalmente hacia todos los dominios del conocimiento (Poovey, 1998).

Lafone Quevedo atribuía a esta suerte de arte de la tabulación las conclusiones y descubrimientos más importantes que había realizado referidos a los distintos mecanismos de aglutinación de las partículas pronominales en las lenguas del Chaco. Más aún, como se puede observar en sus manuscritos, las listas léxicas registradas y sistematizadas para su *Tesoro de catamarqueñismos*, que compilaba los términos utilizados en esa región y su adscripción a las lenguas quechua y cacana, se encuentran inscritas en el mismo tipo de hojas que utilizaba para los movimientos contables de su empresa —de las que sobreviven algunas en los registros de Contaduría del Museo de La Plata—, con distintas columnas, en este caso no utilizadas para registrar el «debe» y el «haber», sino con los términos, sus raíces, su probable adscripción lingüística y los nombres de lugar a los que hacían referencia.

El caso de la sección «Lenguas Americanas» de la Biblioteca Americana del general Bartolomé Mitre y la tecnología de papel asociada nos presenta otra serie de interrogantes. Miembro, entre otras asociaciones, de la Sociedad de Anticuarios del Norte, en Copenhague, y corresponsal de la *Anthropological Society* de Londres, Mitre constituye uno de los más acabados representantes en el siglo XIX del erudito coleccionista —como llamaba Vicente Fidel López a Mitre en sus frecuentes polémicas historiográficas o filológicas—. Se trataba de un tipo particular de

intelectual que ocupó un papel central no solo en el desarrollo de los estudios americanistas, de marcada hibridez disciplinaria, sino también en la fundación de las historiografías de los nuevos países iberoamericanos, por medio de una febril actividad de búsqueda, valoración, acopio y preservación de su patrimonio documental y bibliográfico, y que en el Río de la Plata tuvo como figuras principales a Saturnino Seguro y a los ya mencionados de Angelis, Gutiérrez, Lamas y Trelles, entre otros (Crespo, 2008).

Más aún, Mitre estuvo vinculado a fluidas redes transnacionales de intercambio de libros, información y transcripciones de documentos históricos de distintos archivos, de las que formaban parte bibliófilos chilenos como Diego Barros Arana, Toribio Medina y Gregorio Beché, entre otros (Arrieta, 1941; Vignati, 1971; Buchbinder, 1996). En el caso de las transcripciones paleográficas de documentos referidos al descubrimiento del Río de la Plata, contó desde 1864 con la colaboración del cónsul argentino en Sevilla, José Gabriel de Tovía, quien se encargaba de la compilación y envío de los documentos que compulsaba en el Archivo de Indias (Molina, 1955, 1957). Estas redes se caracterizaban no solo por la cooperación y el intercambio, sino también por la competencia solapada por la posesión de rarezas bibliográficas o documentales para su propio repositorio.

Si bien la producción de la obra historiográfica de Mitre, su actuación política y su condición de bibliófilo y compilador de archivos documentales constituyen los aspectos que han recibido mayor atención (Gandía, 1939; Farini, 1944; Torre Revello, 1957; Vignati, 1958), su profundo interés por los estudios de antropología, arqueología y etnografía lingüística del continente americano (Márquez Miranda, 1956; Rivet, 1957), a los que dedicó también sus afanes de coleccionista bibliógrafo y un importante corpus manuscrito que no llegó a editar en vida, parecen haber pasado desapercibidos. En efecto, a comienzos de la década de 1860, Mitre concibió una obra referida a la historia y conquista del Río de la Plata, cuyos primeros capítulos estarían dedicados a la etnografía lingüística de la región, proyecto en el que trabajó en sus ratos libres hasta su muerte en 1906 y que no llegó a publicar (Mitre, 1864). Con ese objeto empezó a coleccionar y organizar dentro de su biblioteca una sección especial, la Sección 10, compuesta por una serie de libros, transcripciones de documentos de archivo, mapas, catálogos de librerías, folletos, artículos, correspondencia y recortes referidos a las lenguas indígenas del continente americano. Mencionemos aquí que su *Biblioteca americana, histórica, geográfica y etnológica* llegó a contener unos 45 000 volúmenes, organizados en veintitrés secciones según los países del continente americano, de norte a sur, y las materias de su especialidad. La Biblioteca, además, incluía un monetario, una mapoteca, una sección de prensa argentina y un archivo, con muebles especiales, donde

almacenaba los documentos autógrafos que coleccionó y utilizó para escribir sus obras históricas⁶.

Para organizar la sección referida a las lenguas americanas, Mitre parece haber tomado como modelo general, desde el punto de vista conceptual, el *Atlas etnográfico del globo*, de Adrien Balbi (1826), así como los trabajos geográficos de Malte Brun (1847) y la obra del jesuita Hervás y Panduro, *Catálogo de las lenguas* (1800). En el borrador con los apuntes y esquemas de una posible introducción a la proyectada obra, se puede apreciar que concebía a la región del Río de la Plata como un territorio «sin historia, solo la geografía y la etnografía pueden aplicársele. Poblaciones sin literatura, sin ciencias, sin artes, sin tradiciones, sin religión, sin movimientos de ningún género, sin estabilidad siquiera, no han dejado ni tienen más monumentos que su lengua y la escrita en el suelo por la nomenclatura de los lugares, ilustra la geografía» (citado en Molina, 1957, p. 357). Para Mitre, en consecuencia, la lengua era «el hilo conductor para determinar y agrupar las diferentes razas y naciones, trayendo su clasificación a un sencillo sistema etnográfico y geográfico ubicándolas en el terreno que ocupaban al tiempo del descubrimiento» (citado en Molina, 1957, p. 357). De la obra de Hervás y Panduro, Mitre parece haber adoptado la clasificación y ordenamiento de las distintas lenguas realizada por el jesuita como base para el ordenamiento bibliográfico de las obras y documentos de esa sección especial de su biblioteca, comenzando la clasificación por las lenguas más australes —Tierra del Fuego— y avanzando hacia el norte, hasta llegar a las lenguas del extremo boreal del continente. Mitre estaba al tanto también de las exhaustivas obras de compilación bibliográfica referidas a las lenguas indígenas de América del Norte realizadas por James Constantine Pilling, un estenógrafo contratado por John Wesley Powell para organizar una obra de referencia con todos aquellos materiales bibliográficos de utilidad para las investigaciones lingüísticas desarrolladas en el complejo formado por el *US National Museum-Smithsonian Institution* y el *Bureau of American Ethnology*, en Washington, D. C.

Para acrecentar sus series bibliográficas, Mitre utilizaba el afamado manual que Jacques Brunet había concebido para el ordenamiento, clasificación y evaluación de las bibliotecas, y también la bibliografía americana anotada, desarrollada por Rich. Con ellos establecía el valor tanto de contenido como monetario de las obras

⁶ Las secciones en que se dividía la Biblioteca son: Canadá-Estados Unidos; Méjico; Brasil; Colombia, Centro América, Guayanas, Antillas; Chile; Bolivia, Perú; Viajes Americanos; Historia Americana; Bibliografía; Lenguas Americanas; Etnología, Arqueología; Paraguay y República Oriental del Uruguay; República Argentina; Prensa Argentina; Mapoteca; Cuestión de Límites (Obras y Mapas); Documentos Oficiales (Nación, Capital, Provincias), Códigos Americanos; Léxico, Diccionarios, Polígrafos; España y América; Biografías; Documentos (Archivo de San Martín); Monetario. Véase Ministerio de Justicia, 1907.

referidas a las lenguas americanas ofrecidas a la venta, según su originalidad y rareza. En 1864 comenzó a realizar encargos al médico y explorador francés Víctor Martín de Moussy (1810-1869) para que adquiriera en París obras como las de Jolis con observaciones etnográficas del Chaco, así «como cualquier otro libro sobre lenguas americanas que se le presentase, pues tengo empeño en aumentar mi colección sobre estas importantes materias, que hoy comprende veintiocho lenguas reducidas a gramática o diccionario, siendo como usted sabe la mayor parte de las ediciones antiguas e impresas en América, lo que hace que tal vez sea una de las pocas que se encuentran el mundo»⁷. Realizó también compras de documentos referidos a los grupos indígenas del Plata y sus vocabularios recolectados por el napolitano Pedro de Angelis (1784-1859), activo coleccionista, bibliógrafo y comerciante de documentos, libros y fósiles entre el Plata, Brasil y Europa (Becú & Torre Revello, 1941; Sabor de Riera, 1995; Podgorny, 2011). En esos años, Mitre también comenzó a recibir los catálogos periódicos de la librería y casa anticuaria Trübner, con sede en Londres —editora también de la *Anthropological Review* y *Journal of the Anthropological Society* de esa ciudad—, de quienes adquirió gran cantidad de obras de lingüística, con estudios y compilaciones de artes, vocabularios y catecismos, como las de Clements R. Markham, George E. Squier, Hyde Clarke, William Bollaert y Robert Ellis, entre otras. Hacia 1875 había reunido unas doscientas obras de gramáticas y diccionarios de misioneros, en primeras ediciones. Como le comentó por carta del 20 de octubre de 1875 al chileno Diego Barros Arana:

Al mismo tiempo y por vía de solaz, estoy reuniendo los manuscritos para un libro nuevo de antropología y etnografía, ensanchando el plan de otro que tenía en bosquejo sobre las lenguas indígenas del Río de la Plata, considerándolas como base de los estudios históricos y geográficos. Su título será *El hombre salvaje de la cuenca del Plata*. Allí trataré la cuestión de las razas indígenas, determinaré su geografía y sus migraciones, estudiaré sus lenguas bajo diversos puntos de vista conexos con el asunto, ocupándome de otros que creo han de ilustrar la materia, dando un contingente nuevo. Para este trabajo cuento con el auxilio de mi biblioteca glótico-americana, que se compone como de 200 volúmenes sobre las lenguas indígenas de ambas Américas, en que están incluidas las primitivas ediciones de las gramáticas y diccionarios de los misioneros. Además de esto, todo cuanto sobre antropología, etnología y arqueología americana se ha publicado (Mitre, 1877, p. 6).

Esta colección, que dentro de la biblioteca general forma la sección de Lenguas Americanas, llegó a contener algo más de seiscientas obras y fue organizada por Mitre con fichas de cartón bibliográficas con los datos topográficos y todos aquellos

⁷ Carta de B. Mitre a V.M. de Moussy, 30 de setiembre de 1864 (Museo Mitre, 1912, pp. 34-35).

En ese sentido, la colección de fichas de lectura —algunas de ellas inacabadas—, organizada siguiendo estrictos principios bibliográficos extraídos de manuales europeos, no fue concebida originalmente por Mitre para ser publicada como un catálogo, sino como un archivo de trabajo personal para la confección de una obra referida a la etnografía del Río de la Plata al momento de la conquista que nunca finalizó y de la que se conocen solamente los índices y bosquejos sueltos.

Al contrastar esas fichas con los documentos y papeles de trabajo adjuntos, se hacen evidentes a simple vista no solo los modos de leer y extraer información y las ideas lingüísticas de Mitre, sino también todas aquellas prácticas que rodean a la bibliofilia y que son propias de los eruditos coleccionistas, marcadas por un conocimiento acabado de las sucesivas ediciones, la historia de cada obra y sus diferentes traducciones, la cadena de relaciones que las unen con otras piezas de la colección —como las transcripciones de documentos de archivos o la mapoteca—, el registro de las transacciones comerciales para adquirirlas, así como las variaciones en el valor de compra de acuerdo con la demanda y la participación activa en el mercado nacional e internacional de la compra-venta. En efecto, esta tecnología de papel utilizada por Mitre para establecer juicios críticos del contenido de cada una de las obras de su biblioteca de lenguas americanas abunda en estas manifestaciones del coleccionismo de libros. Son muestra de ello las libretas de bolsillo que contienen listas con el registro minucioso de los remates de bibliotecas particulares en el Río de la Plata, los precios pedidos y los oblatos, las libretas alfabéticas de tapa dura donde se registraban en detalle listas con los títulos de las obras a medida que se compraban, y también los numerosos catálogos de las más importantes librerías de anticuario de los que recortaba los avisos de cada obra a comprar para colocarlos en un sobre y, en caso de adquirirlas, adherirlos en una hoja de papel suelta, a modo de *listado-collage*, en una libreta o, muchas veces, en el interior mismo de las tapas de las obras de su biblioteca.

En este punto, queremos resaltar un aspecto de relevancia con respecto a la abundancia de listas, ora en libretas, ora en hojas sueltas, entre los papeles de trabajo de Mitre, las que han sido por lo general consideradas como mero subproducto de las prácticas de un coleccionista bibliófilo. James Delbourgo y Staffan Müller-Wille (2012), entre otros, han señalado los efectos sociales y cognitivos de la confección de listas en el ámbito de las ciencias. En tanto formación no sintáctica de ítems, la lista no es una afirmación o un argumento, sino que su lógica es espacial: junta cosas abstrayéndolas, enumerándolas y relacionándolas. Para el que las elabora, las listas construyen agrupaciones que, en el mismo proceso de confección, generan interrogantes acerca de esas agrupaciones. En ese sentido, para el historiador de la ciencia, estos listados —sea de vocablos indígenas ordenados en columnas verticales con el fin de la comparación, como en el caso de Lafone, o de obras sobre lenguas

americanas adquiridas o que se desean adquirir, como en el caso de Mitre— se transforman, de registros de carácter en apariencia estáticos, en artefactos históricos dinámicos que reflejan las herramientas utilizadas en el pasado por los estudiosos en el proceso de investigación. En algunos casos, su confección puede haber sido influida por los principios del comercio y sus técnicas de registro —como en el caso de Lafone y los registros contables mencionados— o por las prácticas burocráticas de la administración o el gobierno.

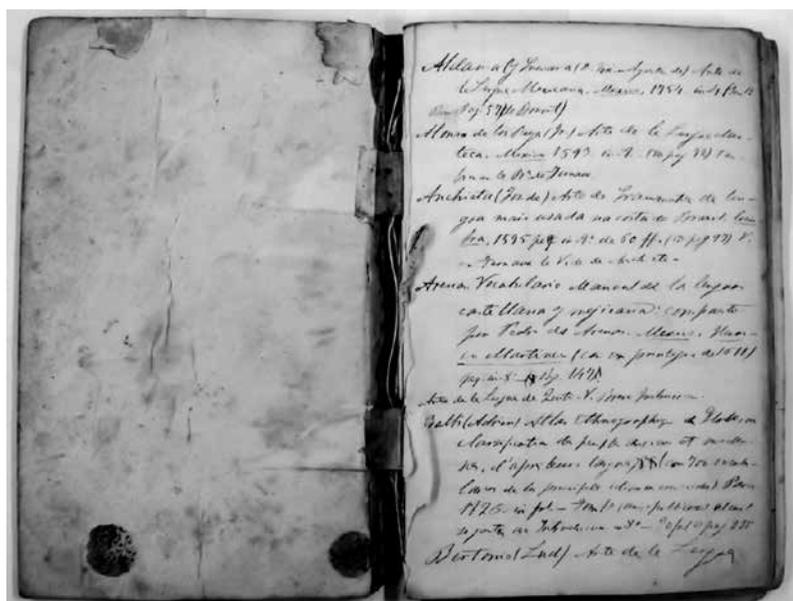


Figura 2. Libreta de Mitre con el registro de las compras de libros para la Biblioteca Americana. Fuente: Archivo del Museo Mitre, Armario 8, documento 16134.

Regresando al caso de los papeles de Mitre, todo este conjunto de fichas o papeletas de lectura de cada una de estas obras de lingüística fueron seleccionadas y editadas de manera póstuma por Luis María Torres (1909) en tres lujosos tomos, bajo el título *Catálogo razonado de la Sección Lenguas Americanas* (Museo Mitre, 1909-1910). Esta transformación del corpus textual manuscrito en monumento por medio de la edición de los papeles de trabajo, notas y borradores de Mitre en el formato estable y definitivo de libro, con el contenido de las fichas de lectura, con énfasis en la dimensión libresca o bibliográfica, dejó de lado el resto de los materiales que los acompañan, sobre todo las libretas con clasificaciones, tablas, cuadros etnográficos y relaciones entre grupos indígenas y su emplazamiento topográfico que Mitre realizó con minuciosidad. La selección parcial realizada por Torres ocluye así la

posibilidad de visualizar la trama sutil de indicios sobre los métodos de trabajo que nos provee el análisis de los libros en relación con los manuscritos originales que los acompañan y su vinculación, en el caso de Mitre, con las otras series que componen las secciones de su biblioteca.

CONCLUSIONES

A partir del caso de las bibliotecas particulares de dos estudiosos de la antropología en la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, en estas páginas hemos señalado las posibilidades que estas abren a la investigación histórica. Más allá de la tradición que las considera como monumentos bibliográficos regidos por el gusto y la bibliofilia propia del *connoisseur*, producto del mero instinto de posesión coleccionista (Pearson, 2006), nos interesa señalar su dimensión herramental en los procesos de generación de conocimiento. Así, en tanto ámbito de indagación más cercano al archivo de trabajo o estudio-gabinete, las bibliotecas se constituían en espacios dinámicos donde el objeto-libro, entendido como un artefacto, se insertaba en redes de relaciones entre estudiosos. Allí ese artefacto convivía e interactuaba con una «tecnología de papel» en forma de libretas de notas, cuadernos, libros manuscritos, listas, documentos, catálogos, transcripciones, correspondencia, borradores y otros papeles de trabajo. En ese sentido, estos *corpora* asociados a las series bibliográficas actuaban como «máquinas de papel» (Krajewski, 2011) formadas por partes móviles, almacenables y descartables, concebidas para cumplir objetivos de indagación específicos. Como intentamos mostrar en este trabajo, esta vinculación entre el mundo material de los libros y el conjunto de manuscritos asociados a ellos constituye la puerta de acceso a los métodos de trabajo de los estudiosos dedicados a la antropología y a la etnografía lingüística en la Argentina de entre siglos. Enmarcadas en esa dialéctica entre las herramientas disponibles y los objetivos planteados, la sistematización fechada de los repertorios de notas de lecturas, los subrayados, la *marginalia* y las fichas o papeletas permiten reconstruir sus modos de leer y las influencias teóricas recibidas. Esto permite trascender las visiones consolidadas por algunos trabajos sobre historia de la antropología de base lingüística en la Argentina, donde los estudiosos de esa época son concebidos como parte de una etapa liminar, de aficionados sin teorías ni sistema de trabajo alguno definido. Estos indicios en el papel, por el contrario, permiten descubrir las adaptaciones teóricas que tanto Lafone como Mitre realizaron para estudiar los grupos indígenas el pasado. En el caso del primero, se observa la influencia de los manuales de la tradición anticuaria británica que indagaban en los nombres de lugar (*place-names*) para estudiar la toponimia histórica indígena en la región de Catamarca, o la utilización de conceptos desarrollados por Adolphe Pictet

(paleontología lingüística) y Friedrich Max Müller (el método biográfico para el estudio etimológico de los vocablos), influencias que no aparecen referenciadas como citas de autoridad en sus trabajos publicados (Farro, 2014a). En el caso del segundo, la máquina de papel asociada a su Biblioteca Americana, con sus listas registradas en hojas sueltas o prolijamente confeccionadas en libretas o cuadernos, trasciende el mundo del mero coleccionismo bibliófilo. En tanto herramientas heurísticas, las mismas registran sobre el papel no solo el despliegue de las prácticas bibliófilas o los modos de leer y de extraer información de Mitre, sino también la recepción, discusión y adaptación de ideas teóricas. Entre ellas se destacan la noción de ideología lingüística introducida en el estudio de las lenguas americanas por Peter Du Ponceau, el rechazo a la idea de la existencia de una literatura indígena americana, preconizada por el norteamericano Daniel G. Brinton, y la temprana recepción de las ideas de Herbert Spencer aplicadas a la evolución de las sociedades indígenas del continente.

Por último, los dos casos analizados aquí abren una serie de interrogantes de carácter más general relacionados con la historia de las bibliotecas y las prácticas bibliográficas en la Argentina. Se observa un aspecto interesante, que merece profundizarse, referido a la localidad de las series bibliográficas como insumo para el trabajo erudito. El caso de la biblioteca de Lafone Quevedo muestra que, si se tenían los recursos pecuniarios y las redes de relaciones adecuadas, se podía contar con un acervo bibliográfico específico y actualizado aún en un rincón alejado del noroeste del país, con autonomía de las bibliotecas públicas y privadas localizadas en espacios centrales, como la ciudad de Buenos Aires. Más aún, en el caso de este estudioso algunas de sus redes de aprovisionamiento de libros y manuscritos no pasaban por la ciudad porteña, sino que atravesaban Copiapó, Tarija, Lima o Asunción. Por otro lado, estas bibliotecas particulares de los miembros de la élite —como muchas otras de la época— funcionaron en el ámbito privado o doméstico y se constituyeron en un espacio de sociabilidad erudita: un lugar de encuentro, intercambio de ideas, libros y manuscritos, e incluso de producción conjunta, prácticas que estaban regidas por vínculos de amistad. Sin duda, Mitre construyó su identidad como erudito americanista sobre la base del gran corpus formado en su Biblioteca Americana; incluso llegó a ser velado, como era su deseo, en el espacio de su biblioteca, con el féretro colocado sobre su escritorio de trabajo. En esa biblioteca se proveyeron de libros, manuscritos y catálogos con novedades bibliográficas Francisco P. Moreno, Lafone Quevedo, Juan Bautista Ambrosetti, Luis María Torres y Félix Faustino Outes, figuras de papel gravitante en los estudios y en las instituciones de la antropología y la arqueología en las primeras décadas del siglo XX. En el caso de estas ciencias, aunque prescindiendo ya de la función de sociabilidad, la importancia de las bibliotecas particulares asociadas a espacios

domésticos de producción erudita parece haberse mantenido hasta bien avanzado el siglo, a pesar del desarrollo de las bibliotecas públicas y de las bibliotecas de las universidades⁸.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrieta, Rafael A. (1941). *Don Gregorio Beéche y los bibliógrafos americanistas de Chile y del Plata*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Becú, Teodoro & José Torre Revello (1941). *La colección de documentos de Pedro de Angelis y El diario de Alvear*. Buenos Aires: Jacobo Peuser.
- Black, Alistair & Dan Schiller (2014). Systems of Information: The Long View. *Library Trends*, 62(3), 628-662.
- Blair, Anne (2010). *Too Much to Know. Managing Scholarly Information before the Modern Age*. New Haven: Yale University Press.
- Blanckaert, Claude (2009). Le fait et la valeur: disciplines de l'observation dans les instructions ethnographiques (XVIII^e- XIX^e siècle). En Sylviane Albertan-Coppola (ed.), *Apprendre à porter sa vue au loin: Hommage à Michèle Duchet* (pp. 29-56). Lyon: ENS.
- Buchbinder, Pablo (1996). Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 13, 59-82.
- Buonocore, Domingo (1945). *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Carbia, Rómulo (1939). *Historia crítica de la historiografía argentina, desde sus orígenes en el siglo XVI*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Chemla, Karine (2004). History of Science, History of Text: an Introduction. En Karine Chemla (ed.), *History of Science, History of Text* (pp. vii-xxvii). Dordrecht: Springer.
- Clark, William (2000). On the Bureaucratic Plots of the Research Library. En Marina Frasca-Spada & Nick Jardine (eds.), *Books and the Sciences in History* (pp. 190-206). Cambridge: Cambridge University Press.
- Clifford, James & George E. Marcus (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press.

⁸ Acerca del papel de las bibliotecas particulares en la vida intelectual argentina, véase Tarcus, 2005.

- Crespo, Horacio (2008). El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo. En Carlos Altamirano (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina* (I, pp. 290-311). Buenos Aires: Katz.
- Daston, Lorraine (2004). Taking note(s). *Isis*, 95(3), 443-448.
- Daston, Lorraine (2012). The Sciences of the Archive. *Osiris*, 27(1), 156-187.
- Daston, Lorraine (2017). *Science in the Archives. Pasts, Presents, Futures*. Chicago: University of Chicago Press.
- Daston, Lorraine & Elizabeth Lünbeck (2011). *Histories of Scientific Observation*. Chicago: University of Chicago Press.
- Devoto, Fernando & Nora Pagano (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Delbourgo, James & Staffan Müller-Wille (2012). Listmania. *Isis*, 103(4), 710-715.
- Dewey, Melvil (1889). On Library Progress. *The Library*, 1, 367-376.
- Fariní, Juan Ángel (1944). *Origen y formación de la biblioteca del general Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: La Nación.
- Farro, Máximo (2009). *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria.
- Farro, Máximo (2011). Colecciones de cráneos, fotografías y manuscritos en el desarrollo de la antropología física y de la etnografía lingüística en la Argentina de fines del siglo XIX. En María Margaret Lopes y Alda Heizer (comps.), *Coleccionismos, prácticas de campo e representações* (pp. 93-104). Paraíba: EDUEPB.
- Farro, Máximo (2012). Imágenes de cráneos, retratos antropológicos y tipologías raciales. Los usos de las primeras colecciones de fotografías del Museo de La Plata a fines del siglo XIX. En Tatiana Kelly e Irina Podgorny (eds.), *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata* (pp. 69-95). Rosario: Prohistoria.
- Farro, Máximo (2013). Las lenguas indígenas como objeto de colección. Notas acerca de los trabajos lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX. *Revista de Indias*, 73(258), 525-552.
- Farro, Máximo (2014a). Place names and indigenous languages. Samuel Alexander Lafone Quevedo and British Antiquarian Methods in Nineteenth-Century Argentina. En Phil Kohl, Irina Podgorny & Stephanie Gänger (eds.), *Nature and Antiquities. The Making of Archaeology in the Americas* (pp. 79-105). Tucson: University of Arizona Press.
- Farro, Máximo (2014b). Observadores de gabinete, lenguas indígenas y «tecnología de papel». El archivo de trabajo de Samuel A. Lafone Quevedo. En *Actas de las VI*

Jornadas Internacionales de Filología y Lingüística «Las lenguas del archivo». La Plata: Universidad Nacional de La Plata. <http://jornadasfilologiaylinguistica.fahce.unlp.edu.ar/vi-jornadas-1/actas-2013/Farro.pdf>

- Gandía, Enrique de (1939). *Mitre bibliófilo*. Buenos Aires: Institución Cultural Mitre-Coni.
- Gitelman, Lisa (2014). *Paper Knowledge. Toward a Media History of Documents*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Grafton, Anthony (2006). Libraries and Lecture Halls. En Katharine Park & Lorraine Daston (eds.), *Early Modern Science, The Cambridge History of Science* (III, pp. 238-250). Nueva York: Cambridge University Press.
- Gupta, Akhil & James Ferguson (1997). *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*. Berkeley: University of California press.
- Hedstrom, Margaret & John King (2006). Epistemic Infrastructure in the Rise of the Knowledge Economy. En Brian Kahin & Dominique Foray (eds.), *Advanced Knowledge and the Knowledge Economy* (pp. 113-134). Cambridge: MIT Press.
- Heesen, Ankete (2005). The Notebook: A Paper-Technology. En Bruno Latour & Peter Weibel (eds.), *Making Things Public. Atmospheres of Democracy* (pp. 582-589). Cambridge: MIT Press.
- Hoffmann, Christoph, & Barbara Wittmann (2013). Introduction: Knowledge in the Making: Drawing and Writing as Research Techniques. *Science in Context*, 26, 203-213.
- Holmes, Frederic L., Jurgen Renn & Hans-Jörg Rheinberger (2003). *Reworking the Bench. Research Notebooks in the History of Science*. Nueva York y Boston: Kluwer.
- Jackson, Heather J. (2005). *Romantic Readers. The Evidence of Marginalia*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Jacob, Christian (2014). *Qu'est-ce qu'un lieu de savoir?* Marseille: Open Edition Press. <http://books.openedition.org/oepl/423>
- Klein, Ursula (2003). *Experiments, Models, Paper Tools. Cultures of Organic Chemistry in the Nineteenth Century*. Stanford: Stanford University Press.
- Krajewski, Markus (2011). *Paper Machines. About Cards & Catalogs, 1548-1929*. Cambridge: MIT Press.
- Latour, Bruno (1990). Drawing Things Together. En Michael Lynch & Steve Woolgar (eds.) *Representation in Scientific Practice* (pp. 19-68). Cambridge: MIT Press.
- Latour, Bruno (1996). Ces réseaux que la raison ignore: laboratoires, bibliothèques, collections. En Christian Jacob & Marc Baratin (eds.), *Le pouvoir des bibliothèques. La mémoire des livres dans la culture occidentale* (pp. 23-46). Paris: Albin Michel.

- Lenoir, Timothy (1998). *Inscribing Science. Scientific Texts and the Materiality of Communication*. Stanford: Stanford University Press.
- Lidman, Tomas (2012). *Libraries and Archives. A Comparative Study*. Oxford y Cambridge: Chandos Publishing.
- Love, Harold (2013). The Manuscript after the Coming of Print. En Michael F. Suarez & Henry Woudhuysen *The Book. A Global History* (pp. 197-204). Oxford: Oxford University Press.
- Maas, Harro (2011). Sorting Things Out: the Economist as an Armchair Observer. En Lorraine Daston & Elizabeth Lünbeck (eds.), *Histories of Scientific Observation* (pp. 206-229). Chicago: University of Chicago Press.
- Márquez Miranda, Fernando (1956). Mitre y las lenguas aborígenes americanas. *La Nación*, sección dominical, 22 de enero.
- McKitternick, David (2013). *Old Books, New Technologies. The Representation, Conservation and Transformation of Books since 1700*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Ministerio de Justicia (1907). *Museo Mitre. Catálogo de la biblioteca*. Buenos Aires: Imprenta de Biedma e hijo.
- Mitre, Bartolomé (1864). Extract of a Letter from H.E. the President of the Argentine Republic, Don Bartolomé Mitre, to Mr. Bollaert, February 24, 1864. *Journal of the Anthropological Society of London*, 2, ccxxxvi.
- Mitre, Bartolomé (1877). *Una carta sobre literatura americana*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación.
- Molina, Raúl A. (1955). *Misiones argentinas en los archivos europeos*. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Molina, Raúl A. (1957). Mitre investigador. Origen de los documentos de su «Archivo Colonial». En Academia Nacional de la Historia (ed.), *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)* (pp. 353-375). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Museo Mitre (1909-1910). *Catálogo razonado de la Sección lenguas americanas*. Buenos Aires: Museo Mitre.
- Museo Mitre (1912). *Correspondencia literaria, histórica y política del General Bartolomé Mitre*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Paulus, Michael (2011). The Converging Histories and Futures of Libraries, Archives and Museums as Seen through the Case of the Curious Collector Myron Eells. *Libraries and the Cultural Record*, 46(2), 185-205.

- Pearson, David (2006). Private Libraries and the Collecting Instinct. En Alistair Black & Peter Hoare (eds.), *The Cambridge History of Libraries in Britain and Ireland, 1850-2000* (III, pp. 180-202). Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Podgorny, Irina (2011). Mercaderes del Pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850. *Circumscribere. International Journal for the History of Science*, 9, 29-77.
- Poovey, Mary (1998). *A History of the Modern Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Rheinberger, Hans-Jörg (1997). *Toward a History of Epistemic Things. Synthesizing Proteins in the Test Tube*. Stanford: Stanford University Press.
- Rivet, Paul (1957). Bartolomé Mitre y las lenguas americanas. En Academia Nacional de la Historia (ed.), *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)* (pp. 207-219). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Sabor de Riera, Josefa (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. Buenos Aires: Solar.
- Sanjek, Roger (1990). *Fieldnotes: the Making of Anthropology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Shapin, Steven (1989). The Invisible Technician. *American Scientist*, 77, 554-563.
- Stillinger, Jack (1991). *Multiple Authorship and the Myth of Solitary Genius*. Nueva York y Oxford: Oxford University Press.
- Stocking, George W. (1995). *After Tylor. British Social Anthropology, 1888-1951*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Tarcus, Horacio (2005). ¿El drenaje patrimonial como destino? Bibliotecas, hemerotecas y archivos argentinos, un caso de subdesarrollo cultural. *La Biblioteca*, 1, 22-29.
- Torre Revello, José (1957). Algunas referencias sobre la correspondencia de Bartolomé Mitre acerca de libros y documentos. En Academia Nacional de la Historia (ed.), *Mitre. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956)* (pp. 299-316). Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Torres, Luis María (1909). Introducción. En *Museo Mitre, Catálogo razonado de la Sección Lenguas Americanas* (I, pp. vii-xlii). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- Turner, James (2014). *Philology. The Forgotten Origins of the Modern Humanities*. Princeton: Princeton University Press.
- Vignati, Milcíades (1958). Un catálogo de librero y una papeleta de Mitre. *Revista de Educación*, 3(6), 439-446.

- Vignati, Milcíades (1971). El informe de Francisco P. Moreno relativo a la Biblioteca de Gregorio Beéche. *Investigaciones y Ensayos*, 10, 69-81.
- Waquet, Françoise (2015). *L'ordre matériel du savoir. Comment les savants travaillent (XVIe-XXIe siècles)*. París: CNRS.
- Yale, Elizabeth (2011). Marginalia, Commonplaces, and Correspondence: Scribal Exchange in Early Modern Science. *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 42(2), 193-202.